

“Una pandemia peor que la COVID-19”: el desánimo estudiantil y docente

Manuel Octavio Hernández Merino



Equipo de trabajo de la escuela Secundaria Estatal 3032
de Ciudad Camargo, Chihuahua.

Fuente: Foto cortesía de Manuel Octavio Hernández Merino.

Hernández Merino, M. O. (2021). “Una pandemia peor que la Covid-19”: el desánimo estudiantil y docente. En J. A. Trujillo Holguín, A. C. Ríos Castillo y J. L. García Leos (coords.), *Desarrollo profesional docente: reflexiones y experiencias de trabajo durante la pandemia* (pp. 229-243), Chihuahua, México: Escuela Normal Superior Profr. José E. Medrano R.

Resumen

El año 2020 trajo una de las crisis más notorias de los últimos años: la pandemia por COVID-19. Lo que comenzó como una nueva enfermedad en diciembre del año 2019 en Wuhan, China, pronto terminó por convertirse en una emergencia sanitaria que enfrentan distintos países. En México, como en el mundo, no solo se vio afectado el campo de la salud sino todas las áreas de la sociedad, por lo tanto, el ámbito educativo no se libró de los estragos, puesto que los retos que enfrentamos los docentes han prevalecido, incluso aumentado, en la emergencia sanitaria actual, ocasionando el desánimo en los protagonistas de la educación. En el presente escrito se abordarán los distintos retos y dificultades que enfrentamos los docentes y alumnos en esta pandemia (clases a distancia, falta de interés y conformismo de los estudiantes, la tecnología y sus riesgos, las desigualdades sociales, la relación de los docentes con otros actores de la educación, la falta de educación socioemocional, entre otros), que son los responsables, al menos desde mi perspectiva, del desánimo escolar. Igualmente se invita a la reflexión sobre las posibles soluciones y acciones que evitarán los peligros y consecuencias de la apatía, como el rezago y la deserción escolar que pueden sufrir los educandos o incluso los educadores.

Palabras clave: ACTITUDES DEL ESTUDIANTE, AULA VIRTUAL, COMUNICACIÓN DIGITAL, MOTIVACIÓN ESCOLAR, PANDEMIA.

Los inicios del confinamiento: la alternativa para lograr una educación a distancia

Nos encontramos en momentos difíciles, de eso no hay duda. El año 2020 quedará registrado en la historia de la humanidad y será recordado por generaciones enteras como uno de los periodos en que más esfuerzo tuvimos que realizar por salir adelante, a pesar de ser un tiempo tan incierto, para apoyar a nuestros familiares, amigos y compañeros aún en la distancia y, sobre todo, para no dejar que la educación se paralizara, pues no era momento de abandonar a nuestros alumnos.

Lo que comenzó en diciembre del 2019 como casos de neumonía grave en la ciudad de Wuhan, China, terminó por convertirse en una pandemia que tarde o temprano llegaría a México, moviendo tanto las áreas específicas de la salud como de todos los campos laborales y sociales conocidos, entre ellos la docencia. De un día a otro, profesores de todo el país tuvimos que enfrentarnos a la realidad de una cuarentena y, aunque inicialmente serían de cuatro semanas, “se suspenden las clases del periodo comprendido del 23 de marzo al 17 de abril del 2020 en las escuelas de educación preescolar, primaria, secundaria” (Secretaría de Gobernación, Acuerdo 02/03/20, 2020), por la gravedad de la situación terminó cubriendo el último periodo del ciclo escolar 2019-2020 y el primer semestre del posterior 2020-2021, fecha en que se realizó el presente trabajo, existiendo la posibilidad de continuar el resto del año escolar en confinamiento:

El 14 de mayo del año 2020, se publicó en el DOF el Acuerdo por el que se establece una estrategia para la reapertura de las actividades sociales, educativas y económicas, así como un sistema de semáforo por regiones para evaluar semanalmente el riesgo epidemiológico relacionado con la reapertura de actividades en cada entidad federativa, así como se establecen acciones extraordinarias [...] De conformidad con el Anexo denominado “Semáforo por Regiones”, las escuelas podrían regresar hasta en tanto se encuentren en “semáforo verde” [Secretaría de Gobernación, Acuerdo 12/06/20, 2020].

Fue un reto para profesores, instituciones educativas, gobierno y la Secretaría de Educación Pública encontrar una forma de trabajar a distancia, y a pesar de no tener el tiempo para prepararnos, con el esfuerzo de todos los actores de la educación y ayudados de las tecnologías con las cuales contamos hoy en día encontramos los medios y las formas para continuar con el aprendizaje de nuestros alumnos.

Las instituciones educativas mediante el surgimiento y expansión de esta nueva plaga COVID-19, ha exigido cambios inmediatos de 180 grados en menos de unas semanas, obligando a los actores de la actividad educativa utilizar herramientas virtuales de aprendizaje aplicado a la continuidad educativa en sus labores académicas [UNESCO en Guaman-Chávez, 2020, p. 22].

Sin embargo, los educadores todavía nos topamos con diversos retos y problemas que amenazan a nuestro mayor objetivo: seguir contribuyendo al aprendizaje de nuestros educandos. Desigualdades económicas que se han dejado relucir más en esta contingencia; falta de conocimiento en el dominio de las tecnologías, es decir, de habilidades en su uso; cultura de conformismo; el compromiso por parte de los padres de familia, y falta de educación socioemocional, son algunas de las causas que generan un desánimo tanto en los alumnos como en los profesores, abatimiento que amenaza con un inminente rezago educativo y una posible deserción escolar.

En este escrito, desde mi experiencia y punto de vista, pretendo dar respuesta a las siguientes preguntas: ¿Por qué seguir con la educación cuando parece haber problemas más importantes? ¿Cómo seguir enseñando ante esta pandemia? ¿Cómo mantener el ánimo estudiantil y docente en la época de la COVID-19? Y sobre todo, ¿cuáles son los retos inminentes que obstaculizan nuestra tarea docente?

La educación en México antes de la COVID-19

Cuando se habla de educación en México es normal escuchar comentarios que denotan la inconformidad de los ciudadanos del país, desde padres de familia quejándose de la falta de calidad en las escuelas, alumnos que opinan que sus profesores no están totalmente preparados para enseñar, hasta docentes que sienten la falta de apoyo del gobierno o de los funcionarios de altos puestos de educación. Pero, ¿tan mal está el sector educativo mexicano?

La educación es concebida como el proceso que permite al ser humano formar y desarrollar las habilidades cognitivas, socioemocionales, afectivas y laborales necesarias para formar parte de una sociedad y –por ende– contribuir en ella y para ella. Por lo tanto, si falla hablamos de una malformación en el desarrollo de un sujeto que no le permitirá integrarse adecuadamente a su población, ocasionando rezagos sociales que le afectan a él y por ende a su país.

La educación para la vida implica preparar al ser humano para saber afrontar exigencias y demandas, conocerse, dirigir y orientar su conducta, hacer correctas elecciones, tomar decisiones, resolver los problemas que se enfrentan cotidianamente, comunicarse óptimamente con los demás, convivir armoniosa y cooperativamente con los semejantes, transformar creativamente el mundo en que vivimos, formar una jerarquía de valores rectora de la personalidad, orientar para que cada quien encuentre su finalidad o sentido para su vida [Camargo, 2016, p. 113].

Para sentenciar a la enseñanza de “deficiente” es necesario conocer el contexto histórico y social en el que será juzgada, porque no se pueden esperar los mismos objetivos de la educación postrevolucionaria, que solo buscaba disminuir el analfabetismo y lograr mayor cobertura, que de la educación actual, que busca preparar alumnos calificados para la vida del siglo XXI. Igualmente, no se buscarán las mismas finalidades educativas en una urbe como lo es Ciudad Juárez o Chihuahua que en una pequeña ciudad como Camargo, lugar donde desarrollo mi práctica docente.

La educación debe adaptarse a las condiciones sociales que se viven y contribuir a la solución de ellas. “Sabemos que las necesidades sociales [...] han cambiado con el tiempo; una de las herramientas para solventarlos ha sido la educación” (Bonilla, 2016, p. 31). Es decir, una educación de calidad del siglo XXI debe pretender educar a su sociedad para confrontar y tener respuesta ante los problemas actuales.

...los sistemas educativos nacionales crean o adecúan sus diseños curriculares en función de una sociedad cada vez más globalizada, con mayor acceso a la información y con una interacción socio-económica fluida que requiere un perfil de egreso distinto al que se necesitaba hace un par de décadas [Aguirre, 2016, p. 50].

Los retos a los que nos enfrentamos los profesores para educar a nuestros alumnos antes y durante la pandemia por COVID-19 son similares. Si hay algo que nos ha quedado claro a todos los docentes, incluyéndome a mí que no cuento con más de dos años de servicio, es que los problemas que ya todos conocíamos solo han quedado más al descubierto durante esta contingencia.

A pesar de contar con una educación basada en el aprendizaje, en el entendimiento y la aplicación de los conocimientos en la vida cotidiana, un currículo que pretende educar para el siglo XXI, principios y lineamientos pedagógicos que establecen las pautas para ser un profesor de calidad y dos modelos educativos actuales dedicados a la enseñanza de competencias a los

alumnos (lo cual desde otro punto de vista también puede ser un problema porque no tenemos un solo plan de actuación docente) no han sido suficientes para solucionar los problemas que enfrenta la educación diariamente.

Lo he visto y lo he vivido. En mi poca experiencia docente me he percatado de que a pesar de los grandes esfuerzos que hemos tenido los actores educativos, al menos la mayoría, lamentablemente siguen presentándose problemas que afectan el aprendizaje y desarrollo de nuestros alumnos.

Una institución como la Escuela Secundaria Estatal 3032, ubicada en Ciudad Camargo, Chih., no se salva de las dificultades sociales, económicas, incluso políticas, que afectan al sector educativo y a la propia calidad. Y ahora con esta pandemia los esfuerzos deben intensificarse y, sobre todo, como profesores debemos seguir animando a nuestros alumnos y a nosotros mismos a seguir luchando por la educación que nuestra sociedad merece.

Entonces, contestando a la pregunta “¿La educación mexicana es mala?”, me atrevería a decir que no del todo. Tenemos planes y programas diseñados para la actualidad, existen docentes con vocación y alumnos que realmente quieren aprender. Los puntos a nuestro favor son muchos, pero tampoco podemos cegarnos a los puntos negativos, porque conocer los errores es el primer paso para poder solucionarlos.

Cuarentena: ¿Aislados de las personas o del aprendizaje? Los retos que desmotivan a los alumnos y al docente

Cuando comenzó el trabajo a distancia a la par inició “otra pandemia” diferente a la de la COVID-19: la del desánimo. Un desaliento notable comenzó a expandirse entre los educandos y educadores, y a pesar de querer mantener el ánimo de una manera favorable, una suma importante de retos no lo permitió como hubiéramos querido.

Al vivir esta contingencia, la primera pregunta que me surge es: ¿Cuál es el sentido de la educación en una pandemia? Mientras pareciera que el mundo tiene cosas más importantes en qué pensar y de qué preocuparse, la educación y sus responsables no hemos permitido el abandono de los 36.6 millones de estudiantes del país (SEP, 2019).

A pesar de los problemas que enfrenta la humanidad, la escuela, aunque ahora no como lugar físico, no deja de ser el espacio que permite al alumno incentivar sus procesos de pensamiento, aprendizaje, imaginación, de maduración y de integración social. Aunque este último debe percibirse de manera diferente, pues por las medidas preventivas –al momento de elaborar este trabajo– no se nos permite la convivencia como antes: “en tiempos del COVID-19 la comunicación debe ser distante físicamente, pero cercana en lo afectivo” (Villafuerte, Bello, Pantaleón y Bermello, 2020, p. 137). Tanto docentes como educandos debemos ser conscientes de que la interacción actual no es en vivo, pero sigue existiendo. No podemos vernos los rostros y las sonrisas, pero sí podemos comunicarnos por mensajes, por audios y

llamadas; una pantalla nos ha permitido estar tan cerca como es posible. El cariño sigue presente, pero se manifiesta de manera diferente.

Puedo decir que la escuela es el lugar que permite preparar al estudiante para los problemas reales, y la COVID-19 es un problema real. Por lo tanto, a pesar de que la educación pasó a estar en un segundo plano entre las prioridades globales actuales, no deja de ser el mayor recurso para seguir preparando a las niñas, niños y jóvenes del país y del mundo.

Enfrentarnos a un cambio tan repentino también ha sido una sacudida que nos ha sacado a todos de nuestras áreas de confort, hablamos de una transformación que movió la normalidad y que demostró una falta de adaptación en los maestros y en sus pupilos. Cuando pienso en mis alumnos no dejo de imaginar lo difícil que fue dejar de ver a sus amigos, compañeros y maestros de un día para otro. Aunque también hay algo en lo que tenemos que ser sinceros: los jóvenes ya tenían una actitud de rechazo hacia la escuela desde antes de la pandemia, al menos en el centro de trabajo donde laboro.

Me atrevo a decir que la COVID-19 solo agravó un problema que ya existía y que incluso afectó a los alumnos que solían ser más aplicados. Esto último lo viví en primera instancia, pues alumnos que solían entregar la mayoría de los trabajos en el ciclo anterior dejaron de hacerlo en este, creando más focos de alerta.

La mayoría van a la escuela porque es un requisito para seguir avanzando educativamente o porque sus papás los obligan; no tienen el deseo por movilizar saberes o seguir aprendiendo; solo quieren “pasar de año”, porque la sociedad así lo ha establecido siempre. Es muy difícil en la actualidad inducir al estudiante a que tenga como prioridad el aprendizaje, porque tienen otras motivaciones, otros ideales, incluso otra cultura más libre y conformista [Frias, 2019, p. 167].

Como evidencia de lo antes mencionado destaco la figura 1, donde se presentan los porcentajes de trabajos enviados por un alumno en los dos últimos ciclos escolares, señalando el correspondiente a las actividades enviadas y considerando que es un estudiante dedicado y de calificaciones considerablemente altas en los meses de septiembre, octubre y noviembre del ciclo escolar 2019-2020 y el actual 2020-2021. Como se puede ver, mientras que en el ciclo anterior (segundo grado de secundaria), cuando nos encontrábamos presencialmente al inicio de la pandemia, el educando envió 89%, 78.50% y 93.50% respectivamente, en el año en curso (tercer grado de secundaria), con el sistema a distancia, disminuyó a promedios de 62.70%, 48.30% y 39.50%, respectivamente, denotando una baja considerable en su participación dentro de los trabajos escolares de mi asignatura, que es Español.

La falta de interés por los aprendizajes es notoria, eso sin tener en cuenta que los educandos no son los suficientemente autodidactas para completar su aprendizaje sin nuestra ayuda. Como menciona Bonilla (2016), “el profesor ha dejado de ser la figura omnisciente de la educación y se convierte en un facilitador del aprendizaje” (p. 34), empero, los alumnos son dependientes

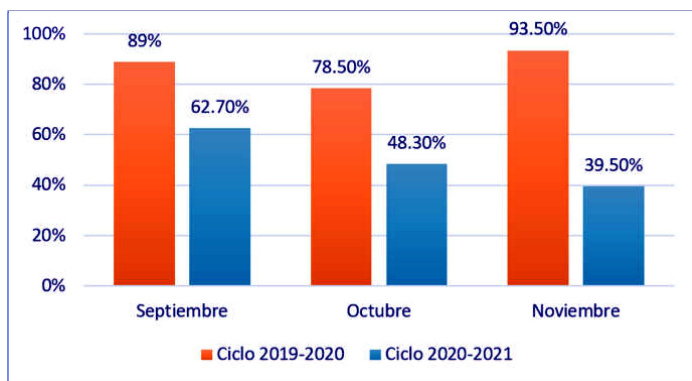


Figura 1. Porcentaje de trabajos enviados por un alumno destacado en los ciclos escolares 2019-2020 y 2020-2021.

Fuente: Elaboración propia.

de una figura educativa que pueda explicarles y hacerlos sentir seguros en su proceso de aprendizaje.

Los docentes ahora más que nunca deben cumplir un papel esperanzador para la homeostasis de las comunidades locales, de sus estudiantes y de ellos mismos. Pero, también se repotencia aquel viejo reto: sea el estudiante el responsable de su propio aprendizaje [Villafuerte *et al.*, 2020, p. 148].

Uno de los estados de *WhatsApp*, proveniente de una alumna de tercero, que más llamó mi atención y me logró ocasionar ruido, especificaba que los profesores habíamos abandonado a nuestros alumnos, pues enviar trabajos no era lo mismo que enseñar, dejándome la duda de cómo sería la forma correcta de instruir a distancia.

Entre estos retos debemos propiciar el autodidactismo de los estudiantes, mantenerlos activos, demostrar que la educación que están teniendo les está dando aprendizajes, darles mayor participación (pues no dejan de ser el centro de la enseñanza), realizar actividades creativas en las cuales no deban estarlos cuidando, evaluarlos con lo justo y tener empatía, son algunas de las acciones que debemos tomar para darles una educación de calidad.

Otro de los aspectos que debemos cambiar son los contenidos. Aunque quisiéramos abarcar el 100% de los aprendizajes sería imposible. Como profesores debemos ser realistas ante la situación y seleccionar solo aquellos aprendizajes que consideremos relevantes y aptos para enseñar a distancia. Como dicen Villafuerte *et al.* (2020), “en cuanto a los contenidos se sugiere que «menos es más». Es decir, priorizar los contenidos más importantes del curso” (p. 143).

Pareciera que la emergencia sanitaria no solo nos ha alejado del contacto de las demás personas, sino que la educación también pareciera estar aislada. Cuando visualizo mi papel dentro de esta situación no dejo de interrogarme

una y otra vez: ¿Qué debo hacer para continuar con la educación de mis alumnos? Y estoy seguro de que es la pregunta que todos los docentes se hacen.

Tecnología: un “arma de doble filo”

Destacando que al menos el 92.5% de la población mexicana cuenta con televisión (INEGI, 2020), ha sido de gran ayuda el programa *Aprende en casa*, una estrategia nacional del gobierno federal para mantener las clases durante la contingencia ocasionada por COVID-19. Desde el 20 de abril del 2020 comenzaron las transmisiones de las clases en las diversas cadenas televisivas del país, cubriendo los contenidos más relevantes de cada uno de los grados de educación básica. Igualmente se creó la página web *aprendeencasa.mx* como un medio extra para complementar el aprendizaje, pues “en México hay 80.6 millones de usuarios de Internet, que representan el 70.1% de la población de seis años o más” (INEGI, 2020).

Lamentablemente para mis alumnos, el contexto de la Secundaria 3032 no permitió que impartiéramos clases a través de videollamadas por plataformas como *Meet* de *Google* o *Zoom*, incluso el programa *Aprende en casa* no fue apto del todo, por lo que el mejor recurso para mantener la comunicación y las clases fue enviar las actividades correspondientes de cada asignatura a través de aplicaciones como *Classroom* de *Google*, *WhatsApp* y *Facebook*, o en su defecto cuadernillos impresos para aquel que no cuente con internet, celular y/o computadora.

Lo anterior me lleva a otra dificultad que enfrentamos los docentes. A pesar de que la tecnología es nuestro mayor aliado, tal y como lo mencionan Villafuerte *et al.*, “el uso de la tecnología de la información y comunicación (TIC) y de la tecnología para el aprendizaje y conocimiento (TAC) prometen mantener alejados a niños, jóvenes y adultos de los riesgos de contagio mientras avanzan en sus estudios” (2020, p. 136), realmente no existe un manejo adecuado de los diversos recursos tecnológicos con los que contamos.

Los docentes solemos estar rezagados en este aspecto. La mayoría de nosotros no nos sentimos preparados para enseñar con una computadora de por medio, incluso maestros con pocos años de servicio quienes han convivido más con la tecnología, como es mi caso, nos sentimos temerosos a la hora de manejarla para fines educativos, porque no sabemos hasta qué punto nuestros fallos puedan perjudicar al aprendizaje de los alumnos.

Con todo esto me refiero a que los profesores realmente no tenemos ese dominio de enseñar fuera de nuestra área de confort que es nuestra aula. Tal y como lo menciona Guaman-Chávez: “No ha sido nada fácil para los profesores, han tenido que actualizarse, adaptarse a nuevas formas educativas” (2020, p. 25). Tuvimos que salir de lo habitual y de nuestros salones, y adaptarnos a esta nueva situación es lo más viable para continuar dando clases.

Y todavía tenemos otro problema: a pesar de que los alumnos saben usar la tecnología más que sus mayores, realmente no la dominan en un ámbito

educativo. Saben utilizar redes sociales como *Facebook*, *Instagram* o *WhatsApp*, o juegos de moda como *Among Us*, pero no tienen el conocimiento para utilizar herramientas pedagógicas como *Classroom*, no saben encontrar información verídica y, en casos más extremos, no saben realizar trabajos en programas básicos como *Word*.

Desde hace años, una de las misiones de las escuelas es incrementar las habilidades digitales, como ejemplo el siguiente rasgo del perfil de egreso del *Modelo Educativo para la Educación Obligatoria 2017*: menciona que al término de la secundaria el alumno “Compara y elige los recursos tecnológicos a su alcance y los aprovecha con una variedad de fines de manera ética y responsable. Aprende diversas formas para comunicarse y obtener información, seleccionarla, analizarla, evaluarla, discriminarla y organizarla” (SEP, 2017, p. 54).

Entonces, ¿cuál es el problema? Considero que la principal causa es dar por obvio que nuestros alumnos al haber nacido en la era digital del siglo XXI nacen con los conocimientos adecuados, cuando no es así. Los educandos aprenden a usar los recursos tecnológicos para su diversión, pero nunca se les educa para usarlos en la escuela y para su beneficio. Damos por sentado un conocimiento con el cual no cuentan y que nadie les enseñará.

La desigualdad social como amenaza para los alumnos

De igual importancia, otro de los grandes retos que enfrenta la educación y que desmotiva a los estudiantes y docentes por igual son las desigualdades sociales y económicas que enfrentan las familias del país. Mientras que por un lado tenemos a estudiantes con un nivel socioeconómico alto, que no sufren de ninguna carencia y que cuentan con los recursos correspondientes para seguir con su educación aún en la distancia, por el otro tenemos alumnos que no tienen los medios ni el dinero para enfrentar la situación educativa actual.

La situación de cada profesor será diferente, porque no todos nos desenvolvemos en el mismo espacio, tal y como lo postula Bonilla (2016), existen diferencias enormes en el contexto en que se desenvuelven los actores que intervienen en el proceso educativo, sin embargo, en mi caso he sido testigo de estas desigualdades sociales: para varios de mis alumnos, sobre todo los que provienen de alguna etnia indígena, esta situación ha sido uno de sus más grandes obstáculos para continuar con su educación.

La Secundaria 3032 se caracteriza por estudiantes de un nivel socioeconómico medio-bajo. Algunos de ellos cuentan con los recursos necesarios, sin embargo, la mayoría tuvo que buscar las formas para seguir en comunicación. Destaco el caso de dos alumnos de origen tarahumara que siempre trabajaron con dedicación, lamentablemente, desde que inició la cuarentena, el contacto con ellos ha sido poco. Se les han entregado cuadernillos, pero no poder ser acompañados en su aprendizaje es un desánimo para ellos, que incluso han pensado en abandonar la escuela.

Otra situación que veo en mis alumnos es que la mayoría ha aprovechado este estado para trabajar y ayudar con el gasto de sus familias. En Camargo es normal que los adolescentes trabajen en las distintas nogaleras o sembradíos del lugar. La pandemia no ha sido un impedimento, al contrario, no asistir presencialmente a la escuela les da la oportunidad de trabajar más. Esto ocasiona que los alumnos deban fragmentar su tiempo entre escuela y trabajo, y este último les roba más tiempo.

Por lo tanto, se puede decir que el cierre de escuelas y el traslado de la enseñanza a los hogares de niños y jóvenes profundiza las desigualdades educativas (Ruiz, 2020), y que aquellos alumnos con más carencias son los más dañados. La escuela que originalmente tiene la función de igualar las condiciones de los estudiantes se ve afectada pues “este momento de crisis [...] incrementará la desigualdad y la precariedad” (Novoa y Pirela, 2020, p. 17), y lamentablemente ya está sucediendo, lo hemos visto con los alumnos que no cuentan con los medios y recursos.

Muchos padres de familia de mi escuela han perdido sus trabajos debido a la contingencia. Este es un tema que trabajamos en las comunidades de aprendizaje de mi escuela llamadas “Jaguares aprendiendo”, en las que sostenemos reuniones (ahora virtuales) que realizamos todos los jueves para dialogar los principales problemas de la escuela y buscar posibles soluciones. Debido a esto se ha llegado a la conclusión de que no debemos exigir que los alumnos compren materiales o incluso imprimir los trabajos. Los profesores, teniendo la empatía correspondiente, hemos adaptado las planeaciones para poder continuar con el aprendizaje sin afectar económicamente a nuestros educandos.

Exceso de cultura conformista y carencia de educación socioemocional

Otro problema visto en las comunidades de aprendizaje, que afecta a la educación en general, es la cultura conformista. Mientras que otros países suelen alentarse el éxito en todos los ámbitos, en México es común no esforzarse lo suficiente. Para la mayoría de mis alumnos basta con sacarse un seis, trabajan solo lo necesario para pasar, sin importarles su aprendizaje.

Esta cultura conformista puede derivar de que actualmente no es necesario aprender para ser promovidos al próximo grado escolar. Tal y como lo revela Bonilla: “En mis tres años de servicio docente he comprobado que a pesar de que los alumnos no logren alcanzar los aprendizajes esperados o desarrollen las competencias, serán promovidos al siguiente grado o nivel escolar” (2016, pp. 35-36). O bien, otra razón pudiera ser que los alumnos no logran ver la importancia de aprender los distintos conocimientos que aporta la escuela, es decir, los ven como innecesarios, por lo tanto, los rechazan.

Irónicamente, existen otros casos de alumnos y padres de familia que creen que es más importante la calificación que el aprendizaje, por lo tanto,

luchan por que su hijo tenga un 10, pero realmente no les interesa aprender, solo tener la calificación máxima en su boleta, demostrándonos que la motivación extrínseca, es decir aquella que busca un estímulo, mueve más a nuestros alumnos y a sus padres.

El conformismo es inquietante. Por un lado, como mexicanos nos caracteriza la alegría, y por otro, nos menoscaba el conformismo. “Los mexicanos no solo estamos conformes, sino satisfechos con lo que tenemos. Mientras que nuestra capacidad de anteponerse a las adversidades es admirable, también es cierto que nuestra pérdida de capacidad de indignación es alarmante” (Dávila, 2013, párr. 10). Entonces aquí me cuestiono: ¿Cómo convences a un alumno de que la educación y el aprendizaje son importantes, cuando nació en un pueblo en el que la resignación es normal?

La falta de educación socioemocional ha sido otro impedimento, tanto en alumnos como en profesores; los primeros porque no han sido educados para tener habilidades socioemocionales y los segundos porque no tienen estas habilidades, por ende, no pueden enseñarlas. Uno de los objetivos de los docentes es “contener o frenar sentimientos y/o emociones frente a situaciones violentas o sucesos inesperados tales como es la pandemia, teniendo como propósito lograr que estas situaciones no alteren o perturben la salud mental de quienes están expuestos a la misma” (Villafuerte *et al.*, 2020, p. 139). No obstante, es imposible lograrlo cuando somos los mismos docentes los que no logramos regular estas emociones.

Cuando iniciamos el ciclo escolar 2019-2020, los Consejos Técnicos Escolares comenzaron con la regulación de sensaciones negativas. Autores como Villafuerte *et al.* (2020) marcaron la importancia de estar atentos a estas emociones que podrían presentarse durante la pandemia, como la ansiedad, ira, depresión o miedo, incluso fue una de las principales estrategias de la Secretaría de Educación Pública (SEP) para regular nuestras emociones y sentir seguridad y confianza.

Fue necesario que docentes convirtiéramos nuestros miedos en ánimos y nuestro estrés en acciones, pues esto es parte fundamental de la educación socioemocional que necesitamos saber para enseñarla. Ha sido una batalla pesada pero los docentes, incluyéndome, luchamos día a día para poder otorgar seguridad a nuestros alumnos y, aunque la lucha es larga, no podemos rendirnos, pues este aprendizaje no servirá solo para la contingencia sino para la educación posterior a la pandemia.

Relación de los docentes con otros actores de la educación

Existen tres sujetos que tienen mayor responsabilidad para la eficacia de la educación: los estudiantes, los profesores y los padres de familia; además hay otros como la sociedad, los directivos y supervisores, el gobierno e instituciones académicas que también forman parte de este proceso, en el cual si uno falla afecta directamente a los demás. En los siguientes párrafos me

centraré en la relación del docente con solo algunos de ellos, pues si hablara de todos la extensión sería desmedida.

Es tarea de los docentes y padres de familia acompañar y ayudar a los estudiantes en su aprendizaje. El trabajo entre ambos es fundamental para lograr los objetivos correspondientes de la educación, desafortunadamente, en ocasiones pareciera que hablamos de adversarios, pues existe una difícil relación entre estos. “[...] está sucediendo un fenómeno social y político en donde la docencia ha perdido respeto y apoyo de sus autoridades, así como de los padres de familia; sin ellos es imposible que nuestros alumnos amen el aprendizaje” (Frías, 2019, p. 165). Como describe la autora, el docente ha perdido respeto y apoyo de los padres, la familia y de la sociedad, por lo que, al no trabajar colectivamente, se entorpece el avance en el aprendizaje de los alumnos.

Cuando las familias no apoyan a los docentes hacen que los estudiantes también les pierdan respeto y la imagen de autoridad que representan se desvanece; si es a la inversa, es decir, los profesores no involucran a los tutores legales, sus alumnos no obtendrán buenos resultados, pues a pesar de que el docente es parte del desarrollo de los estudiantes, los padres de familia no dejarán de ser la primera imagen, incluso la más fuerte, de su educación.

La relación del docente con otros actores subalternos de la educación también complica la situación. El papel del maestro es fundamental para lograr el aprendizaje, lamentablemente, la carga administrativa y el trabajo ha sido más extenso que en las clases presenciales. Los profesores se sienten presionados, pues su prioridad es cumplir con los requisitos que se les piden en sus centros de trabajo; esto aleja al docente de sus alumnos y ocasiona que solo pida tareas para cumplir con lo requerido. En otras palabras, los docentes están más preocupados por cumplir con la carga administrativa, entregar lo que se les solicita e incluso dar una calificación final, que por enseñar, pues si no cumplen con lo primero estarían incumpliendo con las órdenes directas de sus directivos y supervisores.

Es parte fundamental de nuestra labor lograr relacionarnos armónicamente con los demás actores educativos, pues, como he mencionado, el trabajo colectivo de todos es lo que permite que la educación sea correcta y eficiente. También es necesario que los docentes, al ser los que estamos en mayor contacto con los alumnos, logremos establecer un equilibrio entre el trabajo administrativo y el académico, para no descuidar ninguna de las partes.

Conclusiones

Cuando comencé este texto temí que mi poca experiencia fuera un obstáculo para poder orientar a una reflexión de los tiempos que vivimos, sin embargo, conforme empecé a escribir me di cuenta de que tenía mucho que decir y de

que incluso la extensión máxima podía ser un riesgo para no poder expresar todo lo que sentía. Elegí el tema ya plasmado en el título porque fue un impacto fuerte para mí ver cómo el desánimo invadía a alumnos y profesores por igual, por lo que la pregunta “¿cuáles fueron las razones para desarrollar esta apatía?” es lo que dio pie a esta redacción.

Los distintos retos que enfrentamos alumnos, docentes, padres de familia y la educación en general –ideas que ya fueron plasmadas a lo largo de este escrito– son las principales razones que generan un desánimo en todos los actores de la educación. Conocer estos problemas es el comienzo en la búsqueda de soluciones para mantener el ánimo docente y estudiantil pertinente para lograr continuar con el aprendizaje en esta emergencia sanitaria.

Como profesores es indispensable romper estos esquemas que se tienen de la escuela y la educación para así lograr que nuestros alumnos aprendan. Me gustaría mencionar que al conocer tanto problema no es extraño sentirse cansado e impotente, y es justo decir que el propósito de este texto no es desanimar más, pero sí recalcar la importancia de conocer los problemas que más nos afectan, pues es el primer paso para encontrar desenlaces que pueden servir en un futuro; además, perseverar el ímpetu permitirá a docentes sentirse cómodos con las nuevas condiciones del trabajo y evitará el rezago y la deserción escolar por parte del alumnado.

A pesar de que no hay una respuesta concreta para saber de qué manera afrontar estos problemas, a lo largo del texto se han dado puntos positivos que pudieran servir como solución. Igualmente, en la Comisión Nacional para la Mejora Continua de la Educación (Mejoredu) se han publicado diez recomendaciones para impartir la educación en el país durante este periodo de contingencia, que pueden ser una breve respuesta para lograr una educación con eficacia.

Mejoredu (2020) busca que se atienda prioritariamente a quienes no tengan acceso a la tecnología, diversificar las alternativas de educación en línea según el contexto, prevenir el abandono escolar sobre todo en los grupos con mayor vulnerabilidad y propiciar que los padres apoyen de acuerdo a sus posibilidades, entre otras recomendaciones.

Decir que esta contingencia sanitaria no es momento para la reflexión sería una infamia; de la misma forma, no podemos cegarnos al hecho de que este periodo ha dejado entrever cambios positivos. Los padres de familia se han dado cuenta de la labor docente, los alumnos quieren regresar a la escuela más de lo que imaginamos, a los profesores nos ha impulsado a seguir desarrollando competencias que nos servirán en toda nuestra vida laboral y sobre todo hemos obtenido conocimientos para enfrentar de mejor manera una próxima crisis de cualquier tipo.

Entre tanto, para finalizar este texto es necesario dejar una última interrogante que no deja de ser igual de importante que todo lo escrito hasta este punto: ¿Qué haremos cuando podamos volver a las aulas? No podemos

dar por concluidos todos los aprendizajes obtenidos, ni tampoco ignorar el rezago educativo que tendrán los alumnos.

Es momento de pensar en las estrategias que nos permitirán nivelar el conocimiento que no se haya logrado durante la pandemia y en las acciones que deberemos tomar para evitar, en la mayor medida, las posibles consecuencias que esta contingencia traerá. En el texto “Acompañamiento desde una ética de la vida: para educar en tiempos de pandemia” se resume en pocas palabras la esencia que quiero plasmar en estos últimos bloques de texto: “tras la pandemia se esconden miedos e incertidumbres relacionadas con la visión borrosa sobre cómo serán las nuevas formas de vida que se deben adoptar” (Novoa y Pirela, 2020, p. 19).

Para finalizar me gustaría citar nuevamente a estos autores, quienes con las palabras adecuadas mencionan la incertidumbre que deja esta pandemia en la educación y en la vida:

...no será posible predecir con exactitud cuándo ni cómo se logrará superar esta pandemia, así como tampoco será fácil establecer las consecuencias a gran escala que esto tendrá en la salud, la educación, la economía, la política. Lo que sí debe quedar claro es que la actual situación de crisis sanitaria debe impulsar reflexiones que se traduzcan en estrategias para revalorizar la vida, no solo en sentido de lo humano, sino en relación con las otras formas de la expresión biológica que está presente en la naturaleza [Novoa y Pirela, 2020, p. 20].

Referencias

- Aguirre, M. A. (2016). Esbozo de un marco profesional docente: conceptualización, condiciones y desafíos. En J. A. Trujillo Holguín y J. L. García Leos (coords.), *Desarrollo profesional docente: reforma educativa, contenidos curriculares y procesos de evaluación* (pp. 49-56), Chihuahua, México: Escuela Normal Superior Profr. José E. Medrano R.
- Bonilla, A. K. (2016). El sistema educativo mexicano en el contexto real del trabajo docente. En J. A. Trujillo Holguín y J. L. García Leos (coords.), *Desarrollo profesional docente: reforma educativa, contenidos curriculares y procesos de evaluación* (pp. 29-37), Chihuahua, México: Escuela Normal Superior Profr. José E. Medrano R.
- Camargo, M. P. (2016). La importancia de la educación en el desarrollo de competencias para la vida. En J. A. Trujillo Holguín y J. L. García Leos (coords.), *Desarrollo profesional docente: reforma educativa, contenidos curriculares y procesos de evaluación* (pp. 109-116), Chihuahua, México: Escuela Normal Superior Profr. José E. Medrano R.
- Dávila, A. L. (2013, 26 de noviembre). *El enigma del conformismo mexicano*. Recuperado de: <https://medium.com/@ethoslabmx/el-enigma-del-conformismo-mexicano-c25af6ad805b>.
- Frías, Y. K. (2019). Los retos educativos del siglo XXI desde la perspectiva de una maestra novel de educación secundaria. En J. A. Trujillo Holguín, A. C. Ríos Castillo y J. L. García Leos (coords.), *Desarrollo profesional docente: reflexiones de maestros en servicio en el escenario de la Nueva Escuela Mexicana* (pp. 161-175), Chihuahua, México: Escuela Normal Superior Profr. José E. Medrano R.

- Guaman-Chávez, R. (2020). El docente en tiempo de cuarentena. *Revista Tecnológica-Educativa Docentes* 2.0, 8(2), 21-27, DOI: <https://doi.org/10.37843/rted.v8i2.154>.
- INEGI [Instituto Nacional de Estadística y Geografía] (2020). *Comunicado de Prensa núm. 103/20*. Recuperado de: https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/boletines/2020/OtrTemEcon/ENDUTIH_2019.pdf.
- MEJOREDU [Comisión Nacional para la Mejora Continua de la Educación] (2020). *10 sugerencias para la educación durante la emergencia por COVID-19*. Recuperado de: <https://www.gob.mx/mejoredu/articulos/10-sugerencias-para-la-educacion-durante-la-emergencia-por-covid-19?state=published>.
- Novoa, A., y Pirela, J. (2020). Acompañamiento desde una ética de la vida: para educar en tiempos de pandemia. *Utopía y Praxis Latinoamericana*, 25(4), 11-24. Recuperado de: <https://www.redalyc.org/jatsRepo/279/27963704002/27963704002.pdf>.
- Ruiz, G. (2020). COVID-19: pensar la educación en un escenario inédito. *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, 25(85), 229-237. Recuperado de: <https://www.redalyc.org/jatsRepo/140/14064761001/14064761001.pdf>.
- Secretaría de Gobernación (2020, mar. 16). ACUERDO número 02/03/20 por el que se suspenden las clases en las escuelas de educación preescolar, primaria, secundaria, normal y demás para la formación de maestros de educación básica del Sistema Educativo Nacional, así como aquellas de los tipos medio superior y superior dependientes de la Secretaría de Educación Pública. *Diario Oficial de la Federación*. Recuperado de: https://www.dof.gob.mx/nota_detalle.php?codigo=5589479&fecha=16/03/2020.
- Secretaría de Gobernación (2020, jun. 5). ACUERDO número 12/06/20 por el que se establecen diversas disposiciones para evaluar el ciclo escolar 2019-2020 y cumplir con los planes y programas de estudio de Educación Básica (preescolar, primaria y secundaria), Normal y demás para la formación de maestros de Educación Básica aplicables a toda la República, al igual que aquellos planes y programas de estudio del tipo Medio Superior que la Secretaría de Educación Pública haya emitido, en beneficio de los educandos. *Diario Oficial de la Federación*. Recuperado de: https://www.dof.gob.mx/nota_detalle.php?codigo=5589479&fecha=16/03/2020.
- SEP [Secretaría de Educación Pública] (2017). *Modelo educativo para la educación obligatoria*. México: Secretaría de Educación Pública.
- SEP (2019, abr. 28). *Boletín No. 61. Regresan a clases más de 25 millones de alumnos de Educación Básica del país: SEP*. Recuperado de: <https://www.gob.mx/sep/articulos/boletin-no-61-regresan-a-clases-mas-de-25-millones-de-alumnos-de-educacion-basica-del-pais-sep#:~:text=La%20matr%C3%ADcula%20total%20del%20Sistema,de%202.1%20millones%20de%20profesores>.
- Villafuerte, J. S., Bello, J. E., Pantaleón, Y., y Bermello, J. O. (2020). Rol de los docentes ante la crisis del COVID-19, una mirada desde el enfoque humano. *Revista Electrónica Formación y Calidad Educativa (REFCALe)*, 8(1), 134-150.

Manuel Octavio Hernández Merino. Es licenciado en Educación Secundaria con especialidad en Español por la Escuela Normal Superior Profr. José E. Medrano R. Realizó el diplomado en Liderazgo Transformacional en el año 2015. Actualmente se desempeña como profesor frente a grupo en la Escuela Secundaria Estatal 3032, ubicada en Ciudad Camargo, Chihuahua. La motivación y el respeto son algunos de los valores y cualidades que han impulsado su desarrollo profesional. Correo electrónico: manuel_mohm97@hotmail.com.